



LA PAUSA IMPERFECTA DE LA POESÍA

Andrea Juliana Enciso

*[Poetry] It is a crucial vehicle by which we apprehend
the urgency and precarious splendor of existence.*

Arthur Sze

El año de la pandemia ha sido un periodo fructífero para la poesía: Un Nobel y tres de los grandes premios de la literatura (Reina Sofía, Príncipe de Asturias y Cervantes) han sido para poetas (Luise Glück, Raúl Zurita, Anne Carson y Francisco Brines). Años atrás a muy pocos se les hubiera ocurrido pensar que este género supeditado a la marginalización por sus bajas ventas y la terquedad de sus cultores se levantaría como una bandera en el territorio de las preferencias contemporáneas del mundo literario. Pero ¿por qué este auge? La poesía tiene algo que muchos de los otros géneros no tienen (o de lo cual hace más gala): la poesía es una pausa, carece de utilidad práctica y es totalmente imperfecta. Quien escribe y lee poesía está irrevocablemente abocado a la lentitud y al silencio; disposiciones urgentes para rescatarnos de la aniquilación del automejoramiento sin tregua¹. En la avalancha informativa de las redes sociales y la hipervelocidad actual, desmovilizarse, salir de la obligatoriedad compulsiva del rendimiento para no perder el contrato o a los “amigos”, es un acto de preservación mental y espiritual frente al régimen del agotamiento existencial del siglo XXI.

Décadas atrás, antes del éxito de la propuesta de Chul-Han y sus sociedades hipercomunicadas y carentes de sentido respecto a la velocidad de su hacer, el escritor alemán Michael Ende advertía que era necesaria la poesía para introducir de nuevo al hombre a la experiencia humana de la vida que habíamos dejado muy atrás en nuestra carrera por el progreso. A esta afirmación añadiría: a la experiencia total de la vida en el universo, pues toda poesía cuando se acerca a lo más hondo del corazón es una poesía de toda de la naturaleza, pensando junto a críticos chinos de la poesía clásica como Cecil Chu-Chin Sun.

Cuando leemos poesía, hay un momento de suspensión del tiempo. Dejamos de correr de una tarea a la otra o de un “me gusta” a la siguiente publicación. Cuando leemos: “*Las luces ruidosamente tejen los verdes y los plateados / en una cuenta tan exigua / que la trama cosquillea la urdimbre del viento*” no hay pensamiento conceptual que salve o resuelva la imagen poética propuesta por el poema “Siesta” del argentino Arturo Carrera. El fragmento nos saca por completo del afán y la angustia de la productividad de los “porqués”.

¹Según el pensador sur coreano-alemán Bul Chul Han las sociedades contemporáneas son espacios definidos por la positividad absoluta como un categórico donde no hay límites por el individuo, la transparencia de sobreinformación de las redes, el narcisismo vacío, la fugacidad y la pérdida/eliminación del Otro como referente de la diferencia en el afuera. En su libro “La sociedad del cansancio” (2010), el filósofo hace referencia a los regímenes del desempeño, en contraposición a los regímenes de la verdad y disciplinares de Michel Foucault, donde el resultado inevitable de la autoexplotación y autoenajenación del hombre contemporáneo son la depresión y el pánico. La incansable positividad del *si se puede* ha eliminado según el autor el fracaso y el ocio como opciones dignificantes de la experiencia humana.



Ingresamos al poema por la enciclopedia de afectos y sensaciones sensoriales de nuestra experiencia en el mundo material. Cruzamos la puerta del poema con los sentidos, no con los conceptos. Escuchamos, vemos a partir de tres líneas de escrituras intercaladas por un silencio las campanas del viento ondeando en un balcón, una puerta o una ventana. No entramos a esta escena en el campo por una definición acumulable en nuestro banco de conocimientos, sino a partir de la capacidad de sugestión de la escritura poética de Carrera. Leer poesía nos regresa al mundo sensorial olvidado frente a las pantallas. Los poemas restablecen nuestra pertenencia al estado físico y térmico de la materia. Hay en ese intuir de la lectura poética una acción que nos une con el afuera. El verso leído con atención concentrada nos saca de la cáscara de nuestro narciso sepultado en el teléfono celular. Leer poesía es recuperar los filamentos que nos devienen frágiles, vibrantes y orgánicos.



Andrea Juliana Enciso

A.E Stalling, la poeta y traductora norteamericana de los griegos clásicos, dice que no se preocupa por el fin de la poesía debido a su inutilidad práctica desde el inicio de los tiempos. Para ella, quien parece preocuparse más por la extinción del periodismo, la poesía por su denodado desinterés por lo “productivo” sobrevivirá a la extinción de las especies y hasta a la nuestra. Cuando leemos un poema que nos conmueve y dispara en nosotros suficientes preguntas sobre cómo están los otros que podrían ser yo en otra circunstancia vital, estamos buceando en las zonas más profundas de nuestra experiencia humana que a fin de cuentas es la experiencia de todos los seres sintientes, siguiendo la reflexión del chileno Raúl Zúrita. Puede que nunca conozcamos al poeta, pero su alegría, su sorpresa o dolor son nuestros en los minutos de la lectura o dentro de la libreta donde transcribimos el verso que nos estremece. Cuando Darwish escribe en “Muhammad”: “Nace eternamente el niño/con su nombre maldito. /¿cuántas veces renacerá, criatura / sin país...sin tiempo para ser niño?”, el dolor del poeta palestino es nuestro. Puede ser que ninguno de nosotros haya nacido en un lugar donde tener un nombre haga una diferencia mortal. Puede ser que nos sea difícil imaginar qué es llegar a no tener un país aun cuando nuestros ancestros han nacido en esa tierra (aunque es inevitable pensar en el desplazamiento forzado colombiano y venezolano cuando escribo esto). Lo cierto es que, mientras leemos la pared blanca de su poema, podemos sentir su dolor, la impotencia. Aunque es un desconocido para nosotros, nos conectamos a su voz poética desde nuestro archivo personal de historias y emociones. En esa pared en blanco sentimos pasión con el otro que se deja entrever en el poema y con los otros a los que recordamos en ese verso. En la inutilidad del poema salimos de nosotros mismos para estar en el mundo de las personas, las miradas, el cielo y el viento que desordena imperios. No hay ninguna utilidad práctica en sentir por otro que nunca conoceremos, pero su brillo, a galaxias de tiempo de nosotros, nos conecta con la experiencia universal del miedo, el dolor y el gozo que constituyen la vida. La inutilidad de la poesía nos rescata de la soledad y el aislamiento de las sociedades del desempeño.

El otro factor que la hace tan atractiva es su imperfección, su incompletitud, su falta de filtros. A la poesía sí que se le puede decir que nace de la condición



humana y sus limitaciones. Viviendo en un espacio donde todos estamos obligados a ser el número uno, la imperfección es una licencia. La poesía afortunadamente es tan imperfecta que siempre deja un espacio para la incompletitud, el fallo y esa es nuestra liberación como lectores. Cuando Elizabeth Bishop escribe *“The art of losing isn’t hard to master / so many things seem filed with the intent / to be lost that their lost is no disaster”* y empieza enumerar las cosas que ha perdido (las llaves, el tiempo malgastado, lugares, nombres, madre, casas, países, ríos, continentes) hay algo en nosotros que descansa y se siente arrullado. La poeta enumera sus pérdidas y nosotros nos reconocemos con ella. Conectamos con su poesía por su pequeñez y el tono desenfadado y dulce de su enumeración. En la poesía el fracaso y la vergüenza son posibles sin censura ¡Y cómo nos hacen falta espacios para fracasar con desenfado en el siglo XXI! Cuando ella enumera a la madre y a la amante que ha perdido al final del poema, todos sus lectores somos sus gemelos en el fracaso de asir lo que nos han dicho que es el triunfo. Su poema nos da espacio para ser benévolos con nuestras pérdidas y nuestros duelos. Leerla como a las “lesbianas gordas y feas” de Tatiana de la Tierra, o la salvaje devoradora de paisajes y comida de Carmén Boullosa, nos quita por un momento el corsé de la perfección. Porque en la perfección no se puede abrazar, ni amar, ni mucho menos aprender. Por algo Roberto Juarroz decía que la imperfección es la forma de la perfección para poder ser amada.

Para los cultores del cisne de la poesía y el refinamiento de las figuras retóricas en rima, puede ser contradictorio lo que escribo. ¿No es acaso la poesía con sus fórmulas del buen decir el summum de la literatura? No, el summum de la vida con sus lunares y la pausa para acariciar al perro flaco con manchas en las encías es la poesía. Su desmovilización y su disposición de escucha atenta tanto de sí como del afuera son una de las pocas revoluciones que nos quedan a mano. El poema no es complaciente con nuestra suficiencia, nos deja más bien atónitos. Y por esa sorpresa es que hoy, en medio de la oscuridad de nuestros teléfonos celulares, la poesía es un destello de lentitud vital en tiempos de perpetua celeridad.

“ A.E Stalling, la poeta y traductora norteamericana de los griegos clásicos, dice que no se preocupa por el fin de la poesía debido a su inutilidad práctica desde el inicio de los tiempos. Para ella, quien parece preocuparse más por la extinción del periodismo, la poesía por su denodado desinterés por lo “productivo” sobrevivirá a la extinción de las especies, y hasta a la nuestra. ”



A. E. Stalling, foto de Internet

Sobre la autora:

Politóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Magister en Literatura grado magna cum laude con tesis laureada de la Pontificia Universidad Javeriana y doctora en Filosofía en Lengua y Literatura Hispánica, certificada en Estudios Culturales de la Universidad de Pittsburgh, PA (USA). Es colaboradora de la revista argentina “Abisinia Review” y dirige el proyecto “Aluvión”, crítica literaria sobre autoras y autores contemporáneos del Caribe.

